



# LA ÚLTIMA TRAICIÓN



PATRICIA GIBNEY

UN CASO DE LA INSPECTORA LOTTIE PARKER

**Gracias por comprar este ebook.  
Esperamos que disfrute de la lectura.**

Queremos invitarle a que se suscriba a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.



# **LA ÚLTIMA TRAICIÓN**

**Patricia Gibney**

**Libro 6 de la inspectora Lottie Parker**

**Traducción de Luz Achával para Principal Noir**



# Contenido

*Portada*

*Página de créditos*

*Sobre este libro*

*Dedicatoria*

Prólogo: diez años antes

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Capítulo 44  
Capítulo 45

Capítulo 46  
Capítulo 47  
Capítulo 48  
Capítulo 49  
Capítulo 50  
Capítulo 51  
Capítulo 52  
Capítulo 53  
Capítulo 54  
Capítulo 55  
Capítulo 56  
Capítulo 57  
Capítulo 58  
Capítulo 59  
Capítulo 60  
Capítulo 61  
Capítulo 62  
Capítulo 63  
Capítulo 64  
Capítulo 65  
Capítulo 66

*Carta al lector*  
*Agradecimientos*  
*Sobre la autora*

# Página de créditos

## *La última traición*

V.1: junio de 2020

Título original: *Final Betrayal*

© Patricia Gibney, 2019

© de la traducción, Luz Achával Barral, 2020

© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2020

Todos los derechos reservados.

Publicado mediante acuerdo con Rights People, Londres.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Dmitry Elagin | DR pics | Shutterstock

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragó, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-18216-01-5

THEMA: FH

## Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

# LA ÚLTIMA TRAICIÓN

**Dos vidas atormentadas. Una mentira fatal...**

**A**my Whyte y su amiga Penny Brogan se marchan de una discoteca tras una larga noche de fiesta y no vuelven a casa. Sus familias temen lo peor: Conor Dowling acaba de salir de la cárcel después de pasar diez años encerrado. Lo condenaron por robo con agresión gracias al testimonio acusatorio de Amy. Días después, cuando aparecen los cuerpos sin vida de las chicas, la investigación se asigna a la inspectora Lottie Parker.

Pero entonces las hijas de Lottie, Katie y Chloe, desaparecen en la ciudad de Ragmullin, y la inspectora deberá actuar rápido y con mucho cuidado: un asesino anda suelto y sabe que la mejor forma de entorpecer la investigación es hacer daño a los seres queridos de la inspectora.

«Con más de un millón de ejemplares vendidos, Gibney es uno de los mayores fenómenos literarios del año.»

*The Times*

**El nuevo fenómeno del thriller internacional  
Más de un millón de ejemplares vendidos  
Best seller del *Wall Street Journal* y del *USA Today***

*A Daisy, Shay y Lola,  
mis nietos, que insuflan nueva vida a la mía.*

# Prólogo

## *Diez años antes*

**E**l cuerpo pesaba más de lo que esperaba. ¿Cómo podía una persona tan joven y delgada pesar tanto?

La arrastró hasta el agujero y la arrojó a las profundidades empujándola con la suela de la bota. Sacó de la tela de arpillera las herramientas que necesitaba, las depositó en la mochila y se la cargó a la espalda; luego, bajó detrás de ella.

La arrastró por el suelo hasta llegar a la zona que quería y la colocó erguida para que sus ojos muertos lo vieran trabajar. Le llevó algún tiempo, aunque al acabar no sintió la satisfacción que esperaba. Pero nadie la vería jamás. No allí abajo.

Caminó de espaldas, encorvado, mientras borraba todos los indicios de que alguien hubiera estado allí con un pequeño cepillo que llevaba en la mochila. Sus movimientos iban acompañados de chirridos y susurros. Allí abajo parecía otro mundo. Se sentía a salvo y libre. No quería marcharse. En ese momento, sintió que podía volver a aquel lugar y tumbarse en la tierra, cerrar los ojos y unirse a ella en su lugar de reposo final. Un agujero negro para una puta que lo había rechazado.

Siguió trabajando y soltó la chaqueta, que se había enganchado en una roca que sobresalía. Subir fue más difícil de lo que había sido el descenso. Se aferró a los salientes de la pared y trepó hasta llegar a la superficie. Cubrió el agujero y se aseguró de que ninguna pista fuera visible. Un vistazo rápido a su alrededor le confirmó que nadie lo había visto.

Regresó al coche y arrojó la mochila en el maletero. La temperatura había bajado en los últimos días y el invierno mordía el horizonte como un perro rabioso. No le gustaba el invierno. Ni el frío. No; prefería las largas noches de verano en las que deambulaba durante horas; cuando la luna aparecía en un cielo lleno de estrellas y podía aullar como un lobo en celo si le apetecía.

Sintió las primeras gotas de lluvia y se metió en el coche antes de que las nubes negras estallaran. Había hecho el trabajo. Ahora todo iría bien. Estaba a salvo.

No fue hasta el día siguiente cuando descubrió que su pesadilla no había hecho más que empezar.

# Capítulo 1

Conor Dowling estaba de pie frente a la entrada de la prisión Mountjoy e inspiraba el aire de la ciudad. Era el mismo que había respirado muros adentro durante los últimos diez años, pero, de algún modo, parecía más fresco allí fuera. Libre. Soltó el aire lentamente, se colocó sobre el hombro la bolsa que contenía sus magras posesiones y dio su segundo paso hacia la libertad. Solo.

No había nadie allí para recogerlo. Ni siquiera periodistas. Tampoco lo esperaba. Después de que lo hubieran declarado culpable y condenado con veinte años a pasar la mejor etapa de su vida tras los muros grises de la prisión, su historia se había enfriado tanto que se había fundido con la nieve del tiempo.

Escuchó los sonidos de la ciudad mientras se alejaba, poniendo un pie delante del otro, sin volver la vista atrás.

De regreso en Ragmullin, Conor miró fijamente la casa adosada al otro lado de la calle. No había cambiado en absoluto en los últimos diez años. Parecía que ni siquiera hubieran cortado el césped. Aún era muy temprano cuando cruzó la calle y abrió la verja chirriante, que colgaba de un gozne. No tenía llave, así que levantó la mano para llamar a la puerta. Era su propia casa, y allí estaba, como un

extraño. Bajó la mano y fue hacia la ventana delantera. El reflejo de un extraño le devolvió la mirada.

Con treinta y cinco años, era alto y delgado, con la cabeza mal afeitada. Nada quedaba de aquel cabello largo hasta los hombros por el que su madre lo llamaba vanidoso. Cuando tenía catorce años le había regalado una maquinilla a pilas de segunda mano que lo había fascinado, y había adquirido el hábito de afeitarse no solo la cabeza, sino también el cuerpo. Eso era lo que haría ahora. Sus dedos ansiaban encontrar una maquinilla y sentir cómo el filo recorría su pecho y sus piernas. Dejar su piel libre de vello.

Regresó a la puerta principal y probó el picaporte. Se abrió. Puso un pie sobre el gastado suelo laminado y luego el otro. El olor familiar fue lo primero que le despertó la memoria.

El penetrante olor a beicon y repollo, junto con el de grasa rancia, lo envolvió. ¿Qué sería aquello? Conor sabía que su madre había sido usuaria de un servicio de comida a domicilio para gente mayor durante los últimos cuatro años. Su amigo Tony Keegan se lo había contado. Menudo amigo, pensó Conor. Lo visitaba en la cárcel al menos cada dos meses, pero Conor tenía la sensación de que solo lo hacía para comprobar que seguía dentro. Su madre nunca lo había visitado.

Abrió la puerta del salón, esperaba encontrarlo vacío. Tragó una bocanada de aire fétido y vio a su madre sentada en un sillón desvaído y ajado. Parecía más alta de lo que recordaba, pero, entonces, se fijó en que las patas de la silla estaban apoyadas sobre unos listones de madera.

Vera Dowling solo tenía sesenta y cinco años, pero la artritis reumatoide la consumía, lo que le daba el aspecto de una mujer al menos veinte años más vieja. Conor se quedó en pie detrás de ella y se fijó en que sus manos

cubiertas de protuberancias se curvaban sobre los brazos del sillón. La anciana se volvió lentamente.

—Así que hoy es el día, ¿no?

Antes, su voz era afilada y fuerte. Todavía era afilada, concedió Conor, pero ya no era fuerte.

—Sí, mamá. Estoy en casa.

—Espero que no contaras con una fiesta con globos y banderillas. Ese no es mi estilo.

—No esperaba nada.

Conor seguía detrás del sillón. En la cárcel se había enfrentado a los criminales más peligrosos, y allí estaba, como un colegial asustado por el matón de la clase.

—Ven aquí para que te vea, muchacho.

No quería mirarla a la cara, pero, al final, envió el mensaje desde su cerebro a sus pies y se movió hasta quedar frente a ella.

—¿Es que no te han dado de comer en ese lugar? —La mujer alzó una mano hinchada; tanteó junto al sillón y encontró su bastón. Lo sostuvo como una espada, apuntó a Conor con él y se lo clavó en el pecho—. No eres más que un saco de huesos. Ahora que has vuelto puedes cocinar para los dos. Y también puedes cancelar esa comida de plástico.

Conor dio un paso atrás, fuera del alcance del bastón, y dijo:

—¿Comida de plástico?

—Esa que me traen; en realidad, yo no lo llamaría comida. Es solo la vieja señora Tone corriendo por ahí con los brazos llenos de envases de plástico y, cuando me llega, está fría. ¿Cómo esperan que gire el dial del microondas con estos dedos llenos de nudos?

Conor estuvo a punto de decir que podría haberse comprado un modelo digital nuevo, pero se contuvo. Su madre mostraba todos los signos de ser la mujer abusiva

que recordaba de su infancia; no había ninguna posibilidad de ganar esta ni cualquier otra discusión. Era como si los últimos diez años hubieran desaparecido y en esa casa no hubiera cambiado absolutamente nada. Pero él sí había cambiado.

Se pasó la mano por la cabeza y notó que las primeras púas brotaban. Sintió la necesidad de subir al piso de arriba para buscar su maquinilla, si es que seguía allí. Supuso que, probablemente, así fuera; por el aspecto del salón, parecía que su madre había dormido allí durante años. Entonces lo asaltó un pensamiento. Solo tenían un baño en el piso de arriba. ¿Cómo...? Su mirada se dirigió hacia la bolsa de orina que su madre tenía entre las piernas venosas.

—Me alegro de que estés en casa, hijo —comentó mientras alargaba la mano. Conor se metió la suya en el bolsillo con determinación—. Puedes cocinar para mí. ¿Te han enseñado recetas nuevas en... allí?

Conor se encogió de hombros, caminó hasta la ventana y miró a través del polvo y la mugre. Frotó la mano contra el vidrio y se le quedó pegada en la capa de grasa que lo cubría. ¿Dónde diablos pensaba su madre que había estado? ¿En la escuela de cocina?

—Voy a lavarme un poco —dijo, y se volvió para marcharse. La anciana estiró la mano con brusquedad y le agarró el brazo. Los escalofríos le recorrieron la piel mientras intentaba liberarse, pero su madre no lo soltó.

—Sé lo que hiciste, Conor. Lo sé. Así que será mejor que me trates bien.

Mientras la mano nudosa lo liberaba, Conor salió rápidamente de la habitación y estuvo a punto de tropezarse con la bolsa de viaje que había dejado en el recibidor. En la cocina, echó un vistazo al desorden y a la cómoda que su madre solía usar, ahora en una esquina junto a un cubo de basura desbordado. La peste le invadía

las fosas nasales, y los viejos recuerdos amenazaban con ahogarlo, como un diluvio bíblico.

Para distraerse, miró a través de la pequeña ventana. Y allí estaba, todavía en pie. Su cobertizo, su lugar de escape, su refugio de la realidad, que se alzaba como un castillo en medio de la hierba crecida y los muebles abandonados.

Pero ¿qué era eso? Se inclinó sobre el fregadero, lleno de envases de plástico de comida, y trató de ver mejor. No sirvió de nada. Abrió la puerta trasera y salió al jardín, donde la hierba aplastada formaba un camino hasta la puerta del cobertizo. No, no se había equivocado. El candado de la puerta colgaba abierto.

—¡Mamá! ¿Quién diablos ha estado en mi cobertizo?

Conor se quedó de pie en medio del caos del cobertizo que, años atrás, había sido su refugio. Las herramientas parecían estar bien, aunque no en el orden correcto. Ni en las estanterías correctas. Ni colocadas como él las había dejado. Sacudió la cabeza. Había pasado mucho tiempo, tal vez se lo imaginaba. Sin embargo, el candado que tenía en la mano no era fruto de su imaginación. Alguien había estado allí.

Empezó tallando pequeñas muñecas de madera para ferias de artesanía. Sintió que el rubor le subía por las pálidas mejillas al recordar cómo había comenzado, con trece años, no mucho después de que su padre se marchara. Se fue una mañana a trabajar sin decir adiós. Cuando no regresó a casa, descubrieron que se había llevado una pequeña maleta con sus escasas pertenencias. Había pasado una eternidad, pero Conor lo recordaba como si fuera ayer. Abandonado por su padre, había quedado a merced de la ira de su madre.

La perspectiva de pasar el resto de su vida con ella era, sin duda, mucho más espeluznante que el recuerdo de los

años que había pasado en la cárcel. Con tristeza, se recordó a sí mismo que la anciana solo tenía sesenta y cinco años, así que las probabilidades de que estiraría la pata pronto eran remotas. Al menos, de forma natural.

Pasó un dedo por el tornero y dio un paso atrás, anonadado. Faltaba algo. Una de sus herramientas. Esa con la que había empezado a trabajar cuando se hartó de la madera. Solo había otra persona que supiera usar sus herramientas. Y no era su madre.

## Capítulo 2

Lottie Parker estaba entusiasmada por tener una casa propia después de haber vivido tan apretados en la vivienda de su madre desde mediados de febrero. Ser inspectora en la ciudad de Ragmullin conllevaba ciertos riesgos. Durante uno de sus casos más recientes, su casa se había quemado. Aunque el incendio se había considerado un accidente, Lottie no estaba convencida.

—Al menos podrías sonreír —dijo Mark Boyd mientras luchaba con una caja de IKEA más ancha y más alta que la puerta—. Y llama a Sean para que me eche una mano.

—Se ha ido a dar una vuelta. Y eso es culpa tuya por haberle comprado una bicicleta de carreras nueva.

—Por lo menos consigue que salga de su habitación. Eso es bueno, ¿no?

—Claro, pero ahora mismo nos irían bien un par de manos más.

La inspectora cogió un extremo de la caja e intentó meterla en la casa mientras Boyd resoplaba fuera. Sean, su hijo de quince años, se volvía más enigmático con cada día que pasaba. Había pasado por otro episodio de depresión hacía unos meses, y no fue hasta que Boyd llegó con la reluciente bicicleta nueva, se aclaró la oscuridad que cubría sus ojos.

Boyd dejó de mover la caja.

—¿Qué? —preguntó ella. Su compañero la miraba por encima de los bordes de la caja, ahora aplastada.

—Esta es la decisión correcta, Lottie. Lo sabes, pero tienes que aceptar que todo lo que tenías en tu antigua casa ya no está. Esta es una oportunidad para empezar de cero. Deja que los fantasmas del pasado se desvanezcan con las cenizas.

La inspectora sacudió la cabeza, sorprendida por las lágrimas que se acumulaban en sus ojos. Se las secó. Boyd era su sargento, y un buen amigo.

—Esto no saldrá bien.

—Por supuesto que sí. Solo date tiempo para instalarte.

—Me refiero a esta maldita caja. Tendremos que abrirla fuera y meter las piezas de una en una.

—¿Qué hay dentro?

—No tengo la menor idea.

Boyd soltó una risotada, y Lottie no pudo evitarlo. También se rio.

Resultó que la caja contenía una estantería. Boyd estaba sentado en el suelo en medio del salón, con las piernas cruzadas, las instrucciones en una mano, un montón de tornillos en la otra y listones de madera por todas partes.

Lottie encendió su nuevo hervidor rojo y cogió dos tazas del armario. Tal vez Boyd tenía razón, pensó. Debía admitir que, en ocasiones, la conocía mejor que ella misma. Estaban pasando por una buena época estos últimos meses. Era un amigo leal. A veces, más que un amigo, si era totalmente honesta consigo misma.

Su mano se detuvo sobre el frasco de café al comprender la verdad. Boyd era su único amigo. ¿Qué era lo que lo hacía quedarse? Se había divorciado de su mujer,

Jackie. Parecía satisfecho, pero Lottie sabía que quería algo más serio con ella. De eso estaba segura, pero no podía darle más. Ahora no. Todavía no. Había perdido a su marido Adam por culpa de un cáncer hacía cinco años y, desde entonces, había luchado contra el dolor, la viudez y por criar a sus hijos.

Pronto la casa estaría llena de vida. Su hija de veintiún años con su hijito Louis, su hija de diecisiete años, Chloe, y Sean se mudarían mañana. Ya se habían repartido las habitaciones sin grandes discusiones, y casi toda su ropa estaba ya colgada en los armarios recién pintados. Se preguntó cómo llevaría Rose, su madre, volver a tener la casa vacía. Sonrió. Probablemente, Rose estaría encantada de recuperar su espacio después de los largos meses en los que habían vivido amontonados como nómadas.

—Creo que falta un tornillo —gritó Boyd desde la otra habitación.

—Hace tiempo que sospechaba eso de ti. —Lottie sonrió y preparó el café. Tal vez era hora de dejar que el fantasma de Adam descansara entre las cenizas de su casa incendiada. Tal vez.

## Capítulo 3

Tony Keegan abrió la puerta y sintió que se le abría la boca mientras ladeaba la cabeza.

Su antiguo mejor amigo, Conor Dowling, estaba en la entrada. Mierda. Recuperó la compostura rápidamente y compuso una sonrisa forzada.

—Hola, colega. No sabía que hubieras salido.

—Habrías ordenado un poco y cerrado con llave de haberlo sabido, ¿no es cierto?

—¿De qué hablas? —Pero Tony sabía demasiado bien a qué se refería Conor—. Creía que te quedaba otro año.

—Eso te pasa por pensar con ese cerebro diminuto que tienes.

Tony chocó contra la pared cuando Conor lo empujó para pasar.

—¿Estás solo? —preguntó Conor.

Tony cerró la puerta y siguió a la figura alta y delgada hasta la cocina. Mucho había pasado en los últimos diez años de lo que Conor no sabía nada. Y Tony dudaba si decírselo.

Conor había abierto la nevera y estaba encorvado ante ella mientras sacaba paquetes de jamón y queso.

—¿Tienes pan? Me muero de hambre. —Cerró la nevera de un golpe con el pie y puso la comida sobre la mesa.

Antes de que Tony pudiera moverse, Conor había encontrado el pan y sacado un cuchillo del cajón. Quitó la tapa a un envase de margarina, la extendió por el pan y puso queso sobre las rebanadas untadas. Cuando pareció satisfecho con su trabajo, apartó una silla de una patada, se sentó y empezó a comer.

Tony no sabía qué hacer, así que también se sentó.

—¿Te han soltado por buen comportamiento? — preguntó.

—No. Le corté el cuello al gobernador y me escapé. — Conor se rio con la boca abierta, con lo que dejaba a la vista el pan y el queso que se le pegaban a los dientes.

—No me tomes el pelo. —Tony se fijó en que los ojos de su amigo no sonreían, así que cogió una corteza de la mesa y comenzó a masticar. Cuando no pudo sostener más la fría mirada de Conor, bajó la vista a sus dedos grasientos.

—¿Tomarte el pelo? —Conor seguía sin reír—. Creía que me conocías mejor.

Tony levantó la mirada con cautela y casi se echó hacia atrás al percibir la dureza en los ojos de Conor, que lo atravesaba. Supo al instante que su amigo había cambiado. «Supongo que eso es lo que te hace la cárcel», pensó, aunque él nunca había estado preso. Había cambiado después de que condenaran a Conor. Ahora que estaba en libertad, tendría que andarse con cuidado y cuidarse las espaldas.

—Eres mi amigo, Conor, pues claro que te conozco. — Dejó la corteza mordisqueada—. ¿Qué piensas hacer?

Contuvo el aliento mientras el otro se limpiaba las manos en el mantel de encaje blanco. ¡Por el amor de Dios! Era el bueno, el mantel que su abuela le había traído a su madre de España, hacía como un millón de años. Y ahora mamá, papá y la abuela estaban criando malvas, así que no debería importar, pero le molestaba.

Conor sorbió con fuerza y respondió:

—Tengo planes, pero primero dime por qué has metido tus manazas en mi taller.

—¿Qué taller?

—Mi cobertizo. En mi jardín.

—Es el jardín de tu madre.

Conor lo agarró por el cuello de la camiseta antes de que pudiera defenderse. Su amigo lo arrastró sobre la mesa; mientras él se asía a la reliquia española, la mantequilla, el pan y el cuchillo cayeron al suelo.

—Tony, no te hagas el imbécil conmigo. ¿Qué hacías en mi taller?

—Yo... yo...

—¿Qué?

—N-no puedo r-respirar.

Cuando Conor lo soltó de un empujón, Tony trató de inventarse una excusa decente, pero nada era, ni por asomo, tan bueno como la verdad, pero no podía contársela.

Tragó con fuerza, se pasó la mano por la garganta palpitante y tosió.

—Estaba aburrido, así que le pregunté a tu madre si podía trabajar un poco en tu cobertizo... en tu taller. Dijo que no le importaba, solo me pidió que le metiera algo en el microondas y que sacara la basura.

—¿Qué trabajo?

—Bueno, intenté hacer cosas, como tú, pero soy un inútil. Solo jugaba un poco.

—Pues faltan algunas herramientas.

—No me llevé nada.

—Dejaste el candado abierto.

Tony se metió las manos grasientas en los bolsillos del tejano y se disculpó:

—Lo siento. Debí de marcharme con prisa.

—Nada en este mundo puede hacer que tú te des prisa.

Keegan sintió que sus mejillas fofas se sonrojaban, y se llevó, cohibido, una mano a la protuberante barriga, tratando de contenerla sin éxito. Esbozó una débil sonrisa y cambió de tema en un intento de apaciguar a su amigo.

—Me alegro de que hayas vuelto, Conor.

Este ya estaba en el recibidor.

—Yo no me alegro en absoluto.

—¿Nos vemos luego, tal vez?

Pero Tony le estaba hablando a la puerta cerrada.

*¿Sabes cuando alguien te hace daño y sientes como si te hubieran atravesado el alma con una flecha? Pues te aseguro que ese sentimiento es mucho peor cuando el daño viene de una persona a la que amabas. ¿Qué les da el derecho de romperte en pedacitos y alimentar con tu carne y sangre a los perros rabiosos?*

*Eso es lo que me sucedió. Me hicieron mucho daño. No creo que la persona que lo hizo se diera cuenta realmente de la enormidad de su crimen, de su engaño, pero yo sí era consciente. Porque soy una de esas personas que hacen una lista de las faltas acometidas contra mí. Luego, archivo esa lista hasta que se presenta la oportunidad y les hago pagar. En el momento adecuado.*

*Y ese momento ha llegado.*

## Capítulo 4

La familia Parker estaba sentada alrededor de su nueva mesa, en su nueva cocina, en su nueva casa. Lottie estaba decidida a que este fuera un nuevo comienzo para la vida familiar. Se prometió a sí misma que sería mejor madre. Eso esperaba. Pero, en aquel momento, la situación resultaba tensa e incómoda. Tal vez había dejado que las cosas se descontrolaran. O, quizá, todos se habían acostumbrado demasiado a vivir con su abuela. No estaba segura de qué hacer.

Sean estaba sentado con una expresión hosca en el rostro. Chloe movía la comida por el plato con el tenedor, mientras Katie le metía puré de patatas en la boca al pequeño Louis, que ya tenía un año. «Este debería ser un momento alegre», pensó Lottie, pero faltaba algo. Miró la pared desnuda, sin cuadros ni fotografías. La foto de boda enmarcada, descolorida por el paso del tiempo, que tenía en su antigua cocina, había desaparecido en el fuego, junto con la mayoría de los recuerdos físicos de su difunto marido. Boyd llevaba razón. Tenía que pasar página, pero ¿cómo iba a llenar el vacío en su corazón? Boyd lo había intentado, pero ella siempre lo había rechazado. ¿Por eso aún sentía que le faltaba algo?

—¿Mamá? Te he hecho una pregunta. —Chloe empujó su plato al centro de la mesa.

—Lo siento, tenía la cabeza en otra parte. —Lottie apartó las cavilaciones de su cabeza y se concentró en su hija.

—Como de costumbre. —Chloe echó la silla hacia atrás y se levantó.

—¿Qué has dicho?

—Oh, da igual.

—¡Chloe! Te estoy escuchando.

—Que si puedes cuidar a Louis el fin de semana. Katie y yo queremos salir.

—¿Salir adónde?

—A Jomo. Por favor.

—¿La discoteca?

—Sí. —Chloe puso los ojos en blanco, como si su madre fuera un dinosaurio.

—No eres lo bastante mayor. —Lottie no tenía ganas de discutir. Era su primera noche en la casa nueva. Deberían de estar contentos, ¿verdad? Pero sabía que, aunque los cuatro muros que los rodeaban fueran diferentes, ellos seguían siendo los mismos.

Chloe se quedó de pie en la puerta, con los puños apretados.

—¿Por qué sigues tratándome como si tuviera doce años? Cumpliré dieciocho el mes que viene. La vida es demasiado corta como para preocuparte de qué edad necesitas tener para entrar en una discoteca. Venga. Déjame vivir.

—Tienes clases. Exámenes. Necesitas estudiar. Eres demasiado joven.

—Pero no has contestado a la pregunta —intervino Katie.

Maldición, había olvidado la pregunta.

—¿Me la puedes repetir?

—¿Puedes cuidar de Louis?

Lottie miró al pequeño y le guiñó el ojo. De inmediato, el bebé abrió la boca en una sonrisa llena de puré de patatas. La inspectora suspiró.

—Deja que mire si tengo trabajo y te contesto.

—Ellas pueden ir adonde quieran —intervino Sean de mal humor—. Y yo estoy aquí, atrapado contigo y con un bebé. Qué asco de vida.

—¿Sean? —Lottie se quedó hablando sola cuando su hijo salió de la cocina.

—No le hagas caso —dijo Chloe—. Problemas de adolescentes.

—¿Y tú qué eres? Tú también eres todavía una adolescente. —Pero yo soy madura. —Chloe irguió la espalda y siguió a su hermano.

Katie le limpió la boca a Louis con una toallita húmeda y se lo pasó a Lottie.

—¿Puedes cambiarlo, mamá? Yo hablaré con Sean.

Sola con su nieto, Lottie observó el desastre que se desplegaba sobre la mesa y la encimera llena de sartenes y platos. De repente, echó de menos vivir en casa de su madre. Nunca pensó que sentiría esa emoción, después de todo lo que había pasado el año anterior.

—¿Qué vamos a hacer con estos tres? —le preguntó a Louis.

Se vio recompensada con un eructo y un pañal sucio.

## Capítulo 5

Con veinticinco años, Louise Gill sentía que ya había vivido dos vidas. En ocasiones, incluso se sentía como si fuera dos personas que vivían en estados mentales alternos. A su madre le preocupaba que fuera esquizofrénica, pero Louise se negaba a tomar medicación. No quería vivir en un estado de fuga disociativa. Tenía que estudiar, y quería ser normal.

Revisó las notificaciones en su teléfono por décima vez desde que había despertado. Nada interesante en Instagram y ningún Snapchat nuevo. No tenía muchos amigos, así que era normal. Dejó el móvil a un lado y se colocó el portátil sobre las rodillas.

La cafetería en la que se encontraba había abierto hacía poco en el viejo edificio de un banco, y le encantaba la antesala situada en lo que había sido una caja fuerte ignífuga. La puerta tenía quince centímetros de grosor, pero esos días estaba siempre abierta, ya que la habían fijado al suelo con cemento. A Louise no le daba claustrofobia como a algunos de sus amigos, que se negaban a sentarse con ella en la caverna poco iluminada. Allí se sentía segura. Lejos del mundo.

Su tesis era difícil y tenía que entregarla a mediados de diciembre. La psicología criminal era su tema favorito, y